

Jacobo Danke

Una muchacha ha entrado en la ciudad...

Amigo Ciprés, Agua Confidente, Golondrina
del hábito negro, ved cuánta luz de día
desciende de la urna sobre esta otra urna
que conduce la cabellera sombría de una muchacha
y su sonrisa de hielo y sus pobres zapatos fatigados.
¡Cuánto derroche del reino de los ámbitos,
para que una manzana en sazón venga a marchitarse
entre los pinos y el mármol de rostro duro!
¿No la veis acodada en la borda de un navío
mientras los labios del viento cantan en las cuerdas?
¿O colocándose en el pecho una flor apasionada?
¿O jugando a la novia con un azahar de nieve?
Yo sí la veo.

Piedra, Cineraria, Bronce, Cristal, Incienso:
Vuestros semblantes en la luz reconocidos
no son ya una parábola de muerte
sino ese murmullo con que el trigo alza la espiga
donde la cal recluta nuevas horas,
nuevos minutos para lo engañoso del miraje
con que vendrá deshojándose el futuro.
Saboreo los signos de dulce inteligencia
que os hacéis con vuestra huésped silenciosa:
La piedra, con la gota de sangre de su anillo;
la Cineraria, con el pliegue doliente de su falda;
el Bronce, con la hebilla de su cinturón ajado;
el Cristal, con el ritmo a la sordina de su voz;
el Incienso, con el perfume de sus lejanos sueños.

Pudo llamarse Paloma por la profundidad malva
que su paso despertó en las tardes rubias,
o Florencia, como la ciudad de atormentadas torres
que mi sombra desgastó de recorrerla
a través de los ríos nocturnos del insomnio.
[Qué importa a vuestros alborozos mudos!
Aquí tendrá también un ruiñón demente
para su dedo, bajo la pompa matinal;
y una abeja enamorada de su boca;
y zarcillos de música ideal para el oído
y para sus pupilas vestidas por la bruma eterna,
paisajes con un fondo de frutas y de tórtolas.]

Brillo, cadencia, destinos de una misma ola.
Y la muchacha con un sol agónico en la mano,
¿no es la criatura que ha de volver trocada en polen,
en mariposa de seda, en almendros delirantes?
Abridle camino, pues, entre vuestras cúpulas,
entre la galería de arpegios de los mausoleos,
como a una niña ciega en medio de la noche.
Su pie desenhebra el eco de los dormidos siglos
y todos aquellos que la precedieron tienden
la palma, le ofrecen el vaivén dorado de su corazón.